

Félix Alpivar

Por Jorge López Páez



LA PRIMERA vez que vi a Félix Alpivar yo tenía cinco años, y él debía andar por los cuatro. La familia de mi abuelo se sentaba en una recámara que daba a la calle para ver pasar a la gente. Una que otra persona se detenía, aunque rehusaba pasar, y sin temer a las várices se quedaba frente a la

reja de la ventana platicando unas horas. Por supuesto que las reuniones se amenizaban, de acuerdo con la temporada, con helados, refrescos, cacahuates o golosinas preparadas por mis tías o enviadas por alguna amistad. Estas reuniones familiares tenían lugar en la tarde, a muchas de las cuales yo no asistía por tener que ir a la escuela. En ciertos domingos, o en las fiestas de repique, desde las once mi abuela se sentaba en compañía de alguna de mis tías y aún sola a ver pasar a la gente que iba al mercado o que regresaba de él, y a la que piadosamente iba a misa. En uno de esos domingos cuando acompañaba a mi abuela pasó un niño, menor que yo, vestido con traje de marinero blanco, y con una boina *ad hoc*. Yo había tenido un traje parecido, pero en azul marino, aunque la gorra no había sido tan airosa, con aquellos listoncillos que flotaban en el viento. Al niño lo acompañaba una señora de pelo blanco, ágil y firme en sus movimientos. Echaron en la ventana sus adioses.

Callé todas las preguntas. A mi abuela siempre le parecía que cualquier información acerca del prójimo era maledicencia, y como yo había oído esto en ocasiones anteriores no inquirí nada.

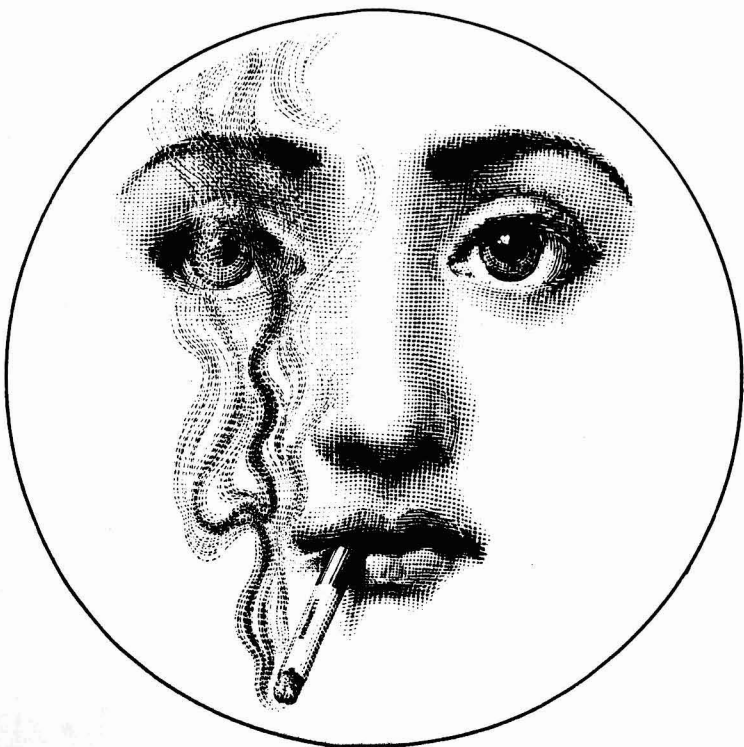
Durante varios domingos lo vi pasar bien para el mercado o de regreso hacia la cuesta de abajo. Era un modelo de pulcritud, así como la señora del pelo cano que lo acompañaba. Y este niño, al igual que una pareja de alemancitos, que pasaba montada a caballo hacia un rumbo que yo ignoraba, excitaba mi curiosidad.

En las mañanas, en la casa de mi abuelo, con excepción de él, todos dormían, mientras que en la casa de mis padres la hora de levantarse era a las siete. Como yo estaba en pañales aun antes de que saliera el sol, me iba a un lugar prominente cerca de una cuesta, y, mientras miraba el nacimiento del sol, imaginaba lo que habría en aquellas sabanas manchadas con el alegre amarillo de los sembradíos de caña, los azucarados cañales, los oscuros plantíos de cafeto, y aquellos verdes indiferenciados de los acahuales. Pero ni en los amarillos, ni en los verdes profundos, ni en los bordes de las barrancas, ni en las faldas de los cerros localizaba la vivienda del niño del traje marinero, ni la de los niños alemanes. Y no inquietaban mi imaginación sino hasta cuando volvía a verlos.

Todavía ahora son un misterio los niños alemanes: quizás fueron los hijos de los administradores de un ingenio en Cotlaxtla, en cambio a Félix lo conocí tanto que aún no se me olvida su recuerdo.

Mi abuelo hizo venir a mi tío Jaime, hermano de mi madre, para que se encargara de la administración de sus bienes. Con su llegada coincidió el arrendamiento de un beneficio de café, que parece ser que el de mi abuelo era insuficiente. El beneficio quedaba afueras del pueblo, a vuelo de pájaro sería un medio kilómetro, pero para llegar a él era necesario descender la empinada cuesta de abajo, pasar el río por un pintoresco puente, que quizás había sido construido en la Colonia, caminar por un sendero de herradura, contemplar el huerto de naranjos del beneficio de las Landa, junto al cual estaba el beneficio recién alquilado, que sería cuartel general de mi tío Jaime.

Una mañana estaba sentado en el pasamanos mirando el jardín cuando pasó tío Jaime y me invitó a ir con él al nuevo beneficio. Acepté sin pensarlo dos veces. El sol todavía no era agobiante, y alegremente me adelanté a mi tío, siempre a prudente distancia de él. Lo esperé en la puerta del beneficio, viendo y oyendo la acequia rumorosa. A su lado entré en las oficinas, muy ruidosas, pues en la parte





inferior estaba la maquinaria. Había gran actividad: vendedores de café que pesaban sus sacos; mozos que llevaban éstos a la tolva para quitarle la pulpa; en el salón contiguo, las desmanchadoras, frente a unas máquinas parecidas a las de

coser, expulgaban los granos malos y conversaban; y con la rapidez con que sus dedos elegían el grano de desecho, movían sus bocas. Desde el balcón vi cómo en el asoleadero amontonaban el café con unos rastrillos. Pude distinguir el curso de la acequia, convertida en un canal muy pretencioso, bordeando el asoleadero. Y al final de éste, una casita que tenía por frente un portal. Poco a poco fui venciendo mi timidez: me asomé a las ventanas posteriores; me paré un largo rato frente al salón donde estaban las desmanchadoras; contemplé la descarga de los sacos de café en la tolva. Nadie me hacía caso. Mi tío, con un puro muy pretencioso, firmaba documentos en su escritorio. Entonces, como si hiciese algo prohibido, cautelosamente empecé a descender la escalera. Mi timidez creció ante el cuarto de las máquinas: las bandas y poleas podían apoderarse de mí. El misterio de las barrigas de las máquinas secadoras, la boca ardiente de la caldera. Todo lo observé, desde fuera, sin atreverme a entrar.

Me retiré del edificio para verlo de frente, pero las mulas y burros, en los que transportaban el café, con sus movimientos de impaciencia y pequeñas rencillas hacían difícil la observación. El canal se elevaba a varios metros sobre el suelo, para salvar un declive. Me situé bajo un arco y para mi sorpresa contemplé un gran estanque de forma redonda. Lo dividía una pared que hacía un cuarto preciso y en el vértice estaban los restos secos de un árbol. Después supe que se trataba de un árbol del pan. En ese cuarto del estanque caía un chorro inmenso, que crecía y decrecía de acuerdo con las necesidades de la turbina, de la tolva o de los canalitos que llevaban el papel despulpado a los tanques de fermentación. Precisamente frente a mí, al otro extremo del tanque había una casita con dos letras: W.C. Por supuesto que a la sola vista de las letras mi estómago me envió una señal. Pero para llegar tenía que rodear el tanque bordeado por el lado izquierdo por un huerto, y a cuya entrada frondosa se erguía una magnolia. —¿Quieres ir?— me sobresalté al oír una voz. Era el niño del traje marinero, mal vestido y con los pies descalzos. Y como yo no respondí nada, al ver que había adivinado mis deseos, agregó: “¿Quieres ir al excusado?” Asentí con la cabeza. Con rapidez asombrosa brincó un canalito. Sus pies descalzos sonaron alegremente mientras pisaban un gran charco, que se formaba por las filtraciones de uno de los canales. Yo tuve dificultades en pasar el canal, y él se volvió solícito a ayudarme.

La corriente indetenida que corría por el tanque estaba manchada por muchas mariposas y caballitos del diablo. Abrí la puerta de la casita. Me espantó el ruido. La corriente pasaba abajo del hoyo del excusado.

—Entra, no te pasa nada.

Y entré. De pavor no cerré la puerta y solamente oriné. Tan fuerte era la corriente que los orines parecían rebotar en aquella cauda blanca.

En su compañía descubrí el hermoso huerto sembrado de naranjos y cafetos, la orilla del río umbrosa y solitaria. Me enseñó a andar en los bordes de los canales de la pulpa, y juntos contemplamos el lavado del café; corrimos por los asoleaderos; llegamos a los olorosos cobertizos a donde se secaba la leña; admiré las bodegas llenas de sacos de café. En ese primer día conocí todo el beneficio, salvo la parte de las maquinarias a donde me negué a entrar.

Mi mano, hundida en la frescura de uno de los canalitos, atajaba los granos de café y los dejaba ir, cuando llegó un mozo con aire de premura.

—Te buscan.

—¿A mí?

—Sí, tu tío.

Mi tío estaba con varios amigos tomando unas copas en un cuartito cercano a su oficina. Riéndose me dijo al verme:

—Que no te asolees, —y ha de haber visto mi contento, pues añadió— “Si quieres quedarte a comer, dímelo. Yo les aviso por teléfono.” Asentí con la cabeza. “Cuando quieras te dará de comer la mamá de Félix.” Éste estaba a mi lado. Y los dos, después de vernos, echamos a correr.

Regresamos al tanque. El pitido del beneficio anunció que eran las doce: la hora de salida de la escuela. La carrera a la casa. El hambre furiosa, y a contener los impulsos en presencia de los padres.

Aunque yo no tenía hambre, apenas oí el silbato me vino angustiosa, urgente. Pero sin saber por qué temía la presencia de la madre de Félix.

—Mi mamá nos espera, vamos a comer—, y se adelantó corriendo.

Por un momento me quedé confundido. Félix iba a medio asoleadero, y su figura, sin sombra se alejaba. Eché a correr tras él. Y no tuve tiempo de sentir timidez. Parados en el portalito de su casa me esperaban Félix y su madre, la viejecita de pelo cano.

—La comida está lista, vengan, —anunció la que yo creía madre de Félix.

La recámara oscurísima. ¿Acaso no veníamos de estar en pleno sol y de recorrer el asoleadero que reverberaba? En



cambio el comedor-cocina era airado y fresco, a pesar de que allí se encontraba el brasero. Dos ventanitas daban luz muy por encima de la estatura de una persona. La cocina-comedor estaba inmaculada, tal como era la madre de Félix: el mantel blanco, el delantal de ella tieso de almidón como las servilletas.

Tan pronto comimos doña Chabela nos llevó a la recámara. Después de peinar a Félix hizo lo mismo conmigo, sin encajarme el peine, y sin darme ningún regaño. Al observar que contemplaba unos retratos dijo: "El que está de novio es mi hijo Horacio. ¿Ya lo conoces?"

—Sí —respondí, recordando a aquel hombre alto y sombrío, que pasaba frente a la casa de mis abuelos con una mujer blanca que se reía moviéndose exageradamente, como si quisiera hacer mayor el contraste entre ella y su marido.

—Pues va a trabajar con tu tío, —y como no respondí nada, dijo en seguida: "Esta es mi hija Dora, la mamá de Félix."

—¿Qué usted no es su mamá?

—¡Pobre de mi hija! —exclamó y largo rato atrajo hacia sí a Félix.

Al fin Félix se desprendió del brazo y echamos a correr hacia afuera.

Durante la semana era difícil que fuera al beneficio, salvo en casos extraordinarios, y muy vigilado, pero en cambio los sábados, domingos y días de fiesta me pasaba toda la jornada allí. El beneficio no guardaba ningún secreto para mí, y aún habíamos incursionado en las partes umbrosas del río, en el beneficio vecino de las Landa, y en las casas cercanas ocultas en los cafetales a las que mis ojos pocos avezados nunca habían visto.

Y los descubrimientos eran incesantes. Félix se metía en la maleza y regresaba con unas frutitas negras o bien subía a lo alto de algún árbol en busca de un nido, y bajaba con un desvalido pajarito o con unoñ huevecillos pintos.

En los domingos lo veía pasar con su traje marino acompañado de doña Chabela rumbo al mercado. Y parecía otra persona, con sus zapatos lustrosos, y un aire de seriedad y de comedimiento. Él y doña Chabela me saludaban, como si yo perteneciera a un mundo aparte, como si yo no participara de la intimidad de la casa, y no supiera que ella no era la madre de Félix, y que la madre de éste había sido muy desdichada y había muerto de los fríos en el Istmo.

Un domingo los esperé a la salida de misa y los tres nos fuimos al beneficio. No me quedaron ganas de repetir la ocasión. Félix apenas me hablaba. Todo el trayecto que estuvo al lado de doña Chabela pisaba con cuidado, procurando no

ensuciar sus zapatos. El camino se me hizo largo y tedioso. En los domingos siguientes calculaba cuando estuvieran cerca del beneficio y echaba a correr en su búsqueda, saltando, brincando y resbalando en la inmensa cuesta. Me detenía en el puente y arrojaba piedras a la corriente del río. Descalzo, Félix me esperaba en el beneficio. Sin la presencia de su abuela era otra persona, la mejor persona.

Cuando yo regresaba a mi casa él me acompañaba hasta el puente, y desde en medio de éste arrojábamos piedras u hojas en la corriente. Apenas la luz escaseaba yo subía la cuesta, y Félix se retiraba hacia el beneficio. Mientras yo ascendía columbraba su figura que se hacía más y más pequeña, siempre volándole la camisa.

Varias veces se quejaron en la casa de mis abuelos: "Ya te abonaste a la casa de doña Chabela. Te vamos a prestar una cama para que te instales bien allí." Yo me sonrojaba, y los abandonaba, si la mofa no era durante la comida, como si no comprendiera nada.

Un domingo en que el sol quería iluminar con más luz la tierra, el lechero llegó temprano, los campesinos con sus productos pasaban rumbo al mercado con pasos precipitados; los pájaros con voracidad brincaban de rama en rama, y los torcos, en las palmeras del parque, habían convertido su algarrabía cotidiana en un franco desorden. Aún los motores de los camiones me parecían que resoplaban con desusado entusiasmo. Yo me contagié de actividad. A las siete y cuarto ya había desayunado, por supuesto que antes había ido a misa de seis. Después fui a la casa de mis padres a ver cómo apresuraban a mis hermanos para que estuvieran listos y arreglados. Merodeé por el zocalito. Anduve por el jardín de la casa de mis abuelos, y oí la campana de la torre de Santa Cecilia anunciando apenas las ocho y cuarto.

Desee que Félix y su abuelita hubieran venido a la misa de siete, raras veces lo hacían, y si eso hubiera ocurrido, pronto estarían de regreso del mercado; en cambio, si continuaban con su costumbre de asistir a la misa mayor, faltaban dos horas y tres cuartos para que pudiera correr tras ellos.

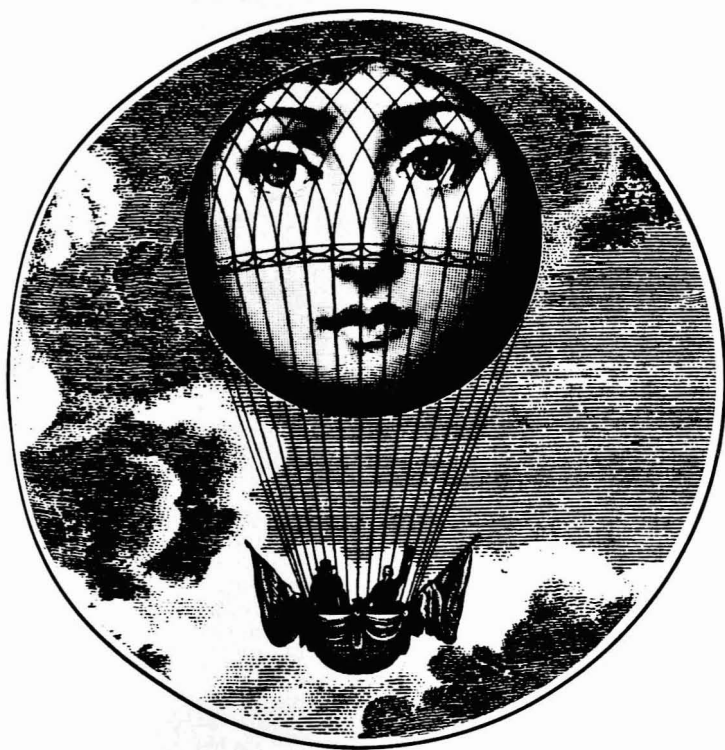
Fui al mercado con mi tía Clara. No los hallé, pero supuse que estarían en la casa del tío de Félix, quien ya, para ese entonces, llevaba la contabilidad del beneficio, siempre serio, ojoso, con las comisuras cayéndose, como si le pesara la juventud de su esposa, llena de contorsiones y de risas nerviosas.

Oí con atención cuando alzaban en la misa mayor, y como un vigía observé la puerta de salida. De Félix y de su abuela ni rastro. Y sin pensarlo más me eché a correr rumbo al beneficio.



A media cuesta miré hacia donde vivía Félix: los asoleaderos vacíos; frente al beneficio, ningún animal. Parecía aquello un desierto. En cambio el camino estaba muy transitado, y creí ver el trotar de los burros más alegres como si tuvieran el afán de librarse de sus amos.

La puerta del beneficio estaba entrecerrada. El patio, lleno de pajarillos y de mariposas. "El domingo es el día de descanso." Por supuesto que eso no rezaba con el campo: el piar de los pájaros, el ronroneo de las abejas, las estridencias de los grillos. El patio, el beneficio, ¡todo era tan distinto! Como único resto de actividad se veía el humillo gris, que de la chimenea se deshilaba perezoso en el cielo azul. Y tuve miedo de entrar. Unos campesinos me dijeron a mi espalda. "Adiós, adiós." Y volví a quedarme quieto, con mis manos sosteniendo los barrotos de la puerta. ¿Y si no estaban doña Chabela y Félix? ¿Y si alguien me hallaba en la casa? Por supuesto que no entraría y solamente golpearía con los nudillos en la puerta. Creí oír carcajadas del lado de la casa de Félix: al aguzar mi oído, percibí el correr plácido del agua de la acequia, y el tumultuoso sonido de los canales. Lleno de repentino miedo quise abrir la puerta, pero los goznes rechinaron con impudicia. Y como si este ruido fuera una amenaza, empujé con resolución y corrí hacia la casa de doña Chabela.



Reconocí las risas de mi tío Jaime, y con toda confianza me introduje en la casa. Alrededor de la mesa estaban seis personas, incluyendo a mi tío. Desayunaban y bebían cerveza. Saludé con timidez. Doña Chabela no me contestó, pero creí que con lo atareada que estaba ni había oído mis buenos días. A Félix lo vi en un rincón, cariacontecido. No se volvió a mirarme. Mi tío y sus amigos se reían recordando los detalles de la parranda, a mí me dio la impresión de que empezaban otra: no se cansaban de tomar cervezas. Yo me entretuve yendo y viniendo de la recámara para contemplar los retratos: el de la madre de Félix, el de su tío muy fifirucho con un traje de charro, y uno a donde estaba doña Chabela vestida de novia, con un velito corto.

Por fin se levantaron de la mesa. Los amigos de mi tío salieron rumbo al beneficio, pero mi tío se quedó y yo me acerqué a la mesa. Doña Chabela continuaba arreglando sus cazuelas sobre el brasero. Mi tío dijo:

—¿Por qué hiciste eso?

Creí que se dirigía a otra persona, y me volví hacia atrás. Y no hallé a nadie.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Pero qué hice? —contesté alarmado.

—No seas hipócrita.

—Pero no he hecho nada —repuse con sentimiento de culpa, de culpas sin fin.

—Félix, trae el blusón, —ordenó mi tío. Félix no se movió, ni me miró. Entonces doña Chabela fue hacia la recámara, y regresó mostrándole a mi tío el blusón del traje blanco de marinero de Félix, hecho jirones.

—¿Por qué le hiciste eso a Félix? —reiteró la acusación mi tío. Doña Chabela tenía clavados sus ojos, con resignación, en el blusón roto. Félix a mi lado, con la cabeza gacha, permanecía callado.

—Pero si yo no he hecho nada —afirmé débilmente.

—No me gusta que seas hipócrita —dijo mi tío, al tiempo que se levantaba del asiento—, y usted doña Chabela no se preocupe.

Salió de la habitación. Doña Chabela colocó el blusón roto sobre el respaldo de una silla y se dirigió al brasero. Félix continuaba con la cabeza inclinada. Yo no pude pronunciar una sola palabra. Empecé a ver la luz de la ventana que se quebraba, y para no llorar ante ellos, me fui retirando sin darles las espaldas.

El gran patio continuaba desierto, inundado por mariposas y pajarillos. En el balcón del beneficio estaba un hombre con una camisa blanca, el humillo de la chimenea se alzaba como



un hilo. Y yo ¿qué hacía allí? Con pasos lentos me fui acercando a la puerta. La jalé y los goznes volvieron a crujir, como alaridos de pena. Ya en el camino, a través de los barrotes vi al beneficio como algo totalmente ajeno. Unos campesinos tempraneros, que regresaban del mercado, me dijeron "adiós". El sol quemaba. Por un hueco, en el seto de espinos, me introduje en el umbroso cafetal. El suelo estaba manchado con rayos de sol. Caminé sin importarme el ruido de la hojarasca. Me senté en el muñón del tronco de un árbol recién cortado: me invadieron confusos sentimientos. Aunque me afloraban las lágrimas, las contenía, indignado. Grité de pronto gritando: "Yo no he hecho nada, nada." Y me espantó mi voz. Ahí tampoco nadie me oía. "No seas hipócrita. No seas hipócrita." El recuerdo del regaño de mi tío quemaba. ¿Qué podía hacer? Y dejé que mis lágrimas corrieran.

En los días siguientes no volví al beneficio. En vano esperé que Félix pasara de regreso de la escuela; aún hoy tengo la seguridad de que él apresuraba su retorno o cambiaba de ruta.

Mi tío guardó un silencio absoluto. Ni siquiera me preguntó por qué no había ido al beneficio.

Días después, temeroso de que me interrogaran en la casa de mi abuelo acerca del porqué habían cesado mis excursiones al beneficio, me fui a caminar por la orilla del río. A pesar de que quería hacer tiempo, éste no transcurría. Pronto me cansó el tirar piedras en la corriente, y el caminar por las rocas cruzando y volviendo a cruzar el río dejó de interesarme. Había perdido la seducción por el campo. Resignado y haciendo mágicas figuras fui subiendo la cuesta. Súbitamente vi venir hacia mí, corriendo, a Félix Alpivar. Se detuvo apenas me vio. Yo fui hacia su encuentro, y él brincó, con presteza increíble, un cercado y se dejó rodar por una ladera empinadísima. Me sorprendió su huida, y cuando tomé una piedra para lanzársela ya estaba muy lejos. Indignado lo vi atravesar el río, subir un declive y seguir trotando con la camisa blanca al aire hasta que se metió por la puerta del beneficio.

Al pasar los domingos doña Chabela y él, si yo estaba solo no me miraban. Los pantalones de su traje marinero le quedaban bien rabones, los listones de su gorra, airosos. Ella, dejando tras de sí el fru-fru de sus naguas almidonadas. Me eran tan misteriosos como antes de conocerlos.

Félix siempre evitó mi encuentro. En una ocasión en que volvimos a toparnos en la cuesta, para mi disgusto y admiración, repitió la maniobra de la vez anterior.

Volví al beneficio, pero en compañía de mis hermanos o con otros miembros de la familia. Ni la sombra de Félix.

Transcurrieron los años. Félix, que trabajaba de mozo, lo veía pasar fumando, cosa que me parecía imposible. Ni siquiera al encontrármelo en la calle lo miraba de frente. Mi rencor continuaba vivo, fresco.

Terminé la secundaria y la preparatoria en la ciudad de México. Un día de fiesta en mi pueblo, mientras contemplaba una procesión, oí una voz, que no conocía, que me llamaba:

—Jorge, hace tiempo le pregunté a tu abuelo por ti, —me volví, y era Félix, convertido en un hombretón fornido. Usaba bigote y patillas.

—¿Qué tal Félix? —le respondí.

—¿Qué haces? ¿Es cierto que vas a ser abogado?

Sucintamente le informé de mi incierto futuro, y luego sin poder contenerme le dije:

—Félix, ¿y por qué lo hiciste?

Enrojeció. Sacó un cigarrillo, me ofreció uno, luego dijo:

—¿Te acuerdas de aquellos niños que vivían en la loma enfrente del beneficio? —Asentí con la cabeza. Continuó: "¿Te acuerdas que estábamos peleados con ellos? Pues un día me los encontré en la cuesta. Sí, fue un domingo: yo vestía mi traje marinero, y para que no me pegaran brinqué una cerca y me desgarré el traje. Mi abuela, que por cierto ya murió, me pegó y me pegó. "¿Quién te lo hizo?, dime ¿quién? Ya no volverás a tener un traje como éste." Cesó de pegarme, yo no me atrevía a verla, y de pronto, dijo "Fue Jorge ¿verdad que fue Jorge? Y este traje te lo va a pagar su tío Jaime." Y yo me quedé callado.

Félix le dio una gran chupada a su cigarrillo. Yo no encontré nada que decirle, y sin ningún pretexto me despedí de él. Nunca he vuelto a verlo, ni he sabido nada de él.

